



Sergio Barrera - Pinturas sobre papel

color rojo

color rojo

Edita:

Club Diario Levante

Textos:

Sergio Barrera
José Saborit
Geles Mit
Toño Barreiro
Fernando Machado
Vicente Gallego
Carlos Marzal
Ricardo Forriols
David Pérez
Javier Pividal

Copyright de los textos: sus autores
Copyright de las imágenes: Sergio Barrera

Coordinación:

Juan Lagardera

Diseño y maquetación:

Sergio Barrera
Toño Barreiro

Imprime:**ISBN:****DL:**

Sergio Barrera

Pinturas sobre papel

Aguas de carne entre nubes y cartón



CLUB DIARIO LEVANTE
VALENCIA

Noviembre - Diciembre
2006







Hay viento que al breve parpadeo provocado por el impreciso anuncio de su retorno nos disloca, haciéndonos sentir el ciego volteo de un abrazo sensible que, oculto, disipa la persona que somos en el fluir continuo e inasible de lo que no sabemos.

Ese viento remueve y sacude el poso que habita en el interior de nuestro cuerpo, residuos que necesariamente han de estar siempre en movimiento, alterados, sin esperanza de coagular. Residuos que la cruel añagaza de los días contados hilvana en hábil y voluntariosa tarea sobre nosotros, noche a noche, paso a paso, como implacable centinela bajo la orden de neutralizar cualquier primer atisbo, que palpar pudieran nuestras pupilas, de algo que no fuese lo que ya sabemos.

Fragmento de 'El Tiempo se desvanece ligero y denso en imágenes'
Sergio Barrera, 1995



Viento que está donde esté

Sergio Barrera

Viento que está donde esté...

Después de haber caminado durante algún tiempo, de súbito fue consciente de que “tal cosa” estaba sucediendo...

Tras una débil y desconcertante llamada, que pudo sentir a lo largo de toda su columna vertebral, involuntariamente dirigió su mirada hacia las huellas ya olvidadas que su paseo, sobre aquella tierra húmeda y mimada por un viento de Levante, había dejado en forma de zigzag, recordando de inmediato aquella adivinanza que asegura que los pies siempre van juntos y nunca a la par.

Pensó en aquel instante que aquella alternancia necesaria de sus piernas al andar era como un “marcapasos” que estaba y había estado presente en su vida, o más exactamente, presente en los días de calendario que, entreteniéndole unas veces y aburriéndole otras, habían ido construyendo y ocupando *su realidad*.

Se quedó parado contemplando la caída del sol y la enorme variedad de sombras proyectadas que, gradualmente y tras una pérdida notable de intensidad, habían iniciado su retiro, al mismo tiempo que aumentaban de tamaño y cubrían junto con el silencio toda la presencia diáfana de aquella tierra que lo rodeaba y en donde más tarde sentiría en diferido que su cuerpo desabrigado se fundía lentamente.

Aquel arenal era como una reserva de tierra húmeda, un lugar donde el asombro que se palpa al haber llegado se presenta con la misma sensación de rareza con la que se advierte, en la periferia de nuestros huesos, un cambio de temperatura en la piel, pero, a la vez, carente de contrastes con los que apreciar diferencias entre el frío y el calor.

El viento, que arribaba del mar como a través de un pasillo, penetraba en la arena de una manera afable y sin descanso, insistentemente; y en una criba precisa, llevada a cabo en aparente desorden, conseguía en volandas separar y volver a juntar miles de pequeños granos, logrando a su antojo variar los insolentes perfiles que definían sobre la tierra las formas de aquellas sombras que su erguida figura exhalaba. Sombras que, en vana y ridícula presunción alentada por la creencia en sus destinos, obstinadas y engoladas, pretendían evidenciar su procedencia y su función.

El influjo de la brisa en aquella operación malabarista, se dejaba sentir en el rostro, extrañamente, con la misma fuerza que una bocanada de aire gélido a las puertas de una cueva, alcanzando a despertar en él un entusiasmo callado,

similar a la sensación de euforia reconcentrada y contenida que estaba palpando ante la presencia de un eclipse, que, en ese mismo instante, las movedizas nubes formaban entre la tierra y el sol. Nubes desmembradas del tiempo y de la luna por aquella navaja en blanco y negro que sigue trazando la delgada línea de un horizonte próximo; nubes que siguen ofreciendo, en un vuelo rasante y a su amparo, un sinfín de sombras viajeras, en una suerte de sueño invertebrado que viene y que va, sin haberse ido nunca.

Sombras trasladadas, porteadoras de memoria. Sombras nómadas, desplazándose bajo el agua como rémoras cartilaginosas. Sombras sedentarias, adheridas a la tierra con suma delicadeza. Sombras asoleadas, en terrados y techumbres y trepadoras en cientos de paredes y fachadas. Sombras encubiertas, bajo la copa formada por las hojas verdes y desgajadas de las ramas a lo largo y ancho del costado del árbol firme. Sombras viajeras, sin reparo, sin dirección, no sujetas a gravedad alguna; hermanas figurantes del paisaje en la paleta pintada que, terciaria, va camino de la geografía infinita del oscuro.

Entre las sombras, máscaras de edades huecas pasto de la umbría, y la luz, alabada y reconocida entusiasta hasta del insustancial contorno, estoy yo y tantas sombras de mí mismo.

Gotas de pintura

Las imágenes, siempre ideales, no encuentran su sitio en estas gotas de pintura en cuya superficie se deslizan las ideas, y en su interior, como si de unos globos repletos de luz y envueltos en unas sombras eternas se tratara, rebota la manía obsesiva de cosificar lo que *hay*, evitando la *fijación*, desplazando así cualquier tentativa de significación única hacia trayectorias de orientación múltiple, con sentido, si se quiere, pero sin significado, sin dirección. Estén donde estén, si es que hay *sitio* para ellas, burbujas contenidas e incontrolables a la vez.

De su posible desplazamiento así como de su fantaseado o singular rumbo nada sabemos, pero sí de dónde vienen. Proviene de un mundo sometido que revienta la mayoría de las veces en el ámbito de esa falacia que, empecinados en preservar, llamamos 'lo privado'; un mundo que se fatiga y quiebra a cada paso en su, no importa, incontrolada estampida o en su exceso terrorista de planificación, tal y como parecen evocar gran parte de los personajes de estas pequeñas pinturas, todos y cada uno de ellos a punto de estallar, porque la secuencia, la puesta en escena, así lo reclama y exige.

Sombras que sonríen, qué remedio, frente a las ilusiones que, cuerpo de los espejismos, se asientan enquistadas en un paisaje cotidiano ya considerado *natural*.

















Nuestros queridos monstruos

José Saborit

No siempre se van sumando los pasos al andar, ni el saber todo se acumula siempre en la memoria, ni la pintura consiste sólo en poner capas y capas y más capas. Hay pasos hacia atrás para saltar más lejos o sólo para volver atrás, hay olvidos que son otra forma más escueta y certera de memoria, y hay maneras de borrar lo que se sabe, o de ponerlo en suspensión, casi como si no se supiera.

Por eso no es ninguna paradoja irresoluble poner y quitar pintura, ni construir figuraciones y deconstruirlas o descoyuntarlas. Desfigurar figuraciones entre lo estanco y lo fluido, entre lo húmedo y lo seco. Sacar lo interior que no se sabe y darle forma. Aprender a ignorar y pintar no sólo para el entendimiento, ni para la superficie del entendimiento. Pintar para lo oscuro, explorar con tiento y con la humedad de los pinceles las formas del enigma. Los cambiantes rostros del ello emergen a la luz y manchan el pálido papel cuando la soltura lo permite, cuando se hace a un lado el yo del pintor, cuando el oficio se ha vuelto naturaleza, cuando la materia, que sabe más que la voluntad, guía la mano, cuando la intempestividad y el alma vence a la conciencia del intelecto. Cuando el querer saber no se impone al querer ver.

Entonces se revela lo imprevisible, lo inestable, lo incongruente. Se revela, por ejemplo, la estrecha connivencia animal y vegetal. Se desmonta la ancestral oposición y se hermanan el rojo y verde, la sangre y la clorofila, y la tensión fronteriza o dialéctica se resuelve en la impronta fulminante de una forma pintada.

Y al mirar, esas formas que parecen haberse pintado a sí mismas quiebran expectativas, interpelan abismos interiores, tocan algún órgano que no sabemos dónde está, ni a qué resortes obedece, ni si obedece a algún resorte. Son criaturas anélidas o larvadas entre vástagos y bulbos, engendros flagelados o rizópodos menesterosos, levaduras y mohos desencajados, roedores ensartados con brochetas vegetales, lombrices proliferantes, anémonas hipermétropes, gorgonias metiendo la nariz en esfínteres, globos oculares desorbitados, lenguas desatadas del decir lo que ya está dicho, tubérculos grillados, volátiles pajarerías estacionadas en la rama o en la sombra, boñigas estrábicas y excrecencias líricas. El sueño de la fluidez sobre el papel engendra monstruos extraños, y lo más extraño es que los monstruos extraños que engendra el sueño de la fluidez sobre el papel ajeno son nuestros propios monstruos.



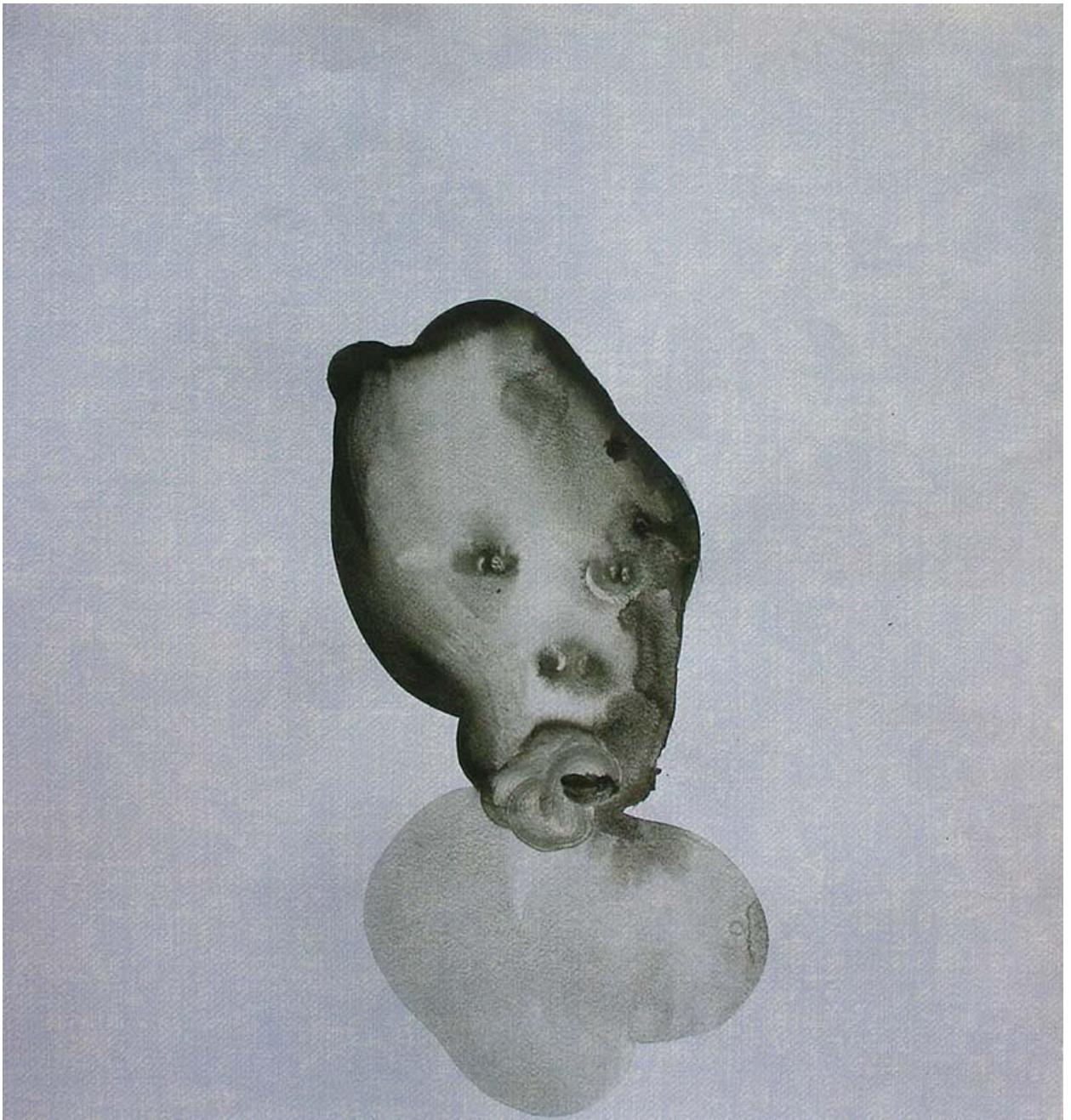












Lo que cada uno piensa, lo que todos ven

Toño Barreiro

El inicio o el final.

El agua manchada se desliza sobre el papel y todo empieza cuando la mancha se detiene.

El espacio se acota con los límites de la imaginación, se detiene el mundo físico, y empieza un tiempo desestructurado.

La locura cotidiana que tratamos de domesticar toma el control de la razón, la reduce al ensimismamiento, le permite observar pero no enjuiciar. Pone el silencio en el lugar del origen.

Cuerpo sin masa y tiempo sin instante.

La magia se desvanece porque la verdad no se deduce, porque no hay un después que pueda descender hasta el ahora. No existe un tiempo primordial que precipite las causas, ninguna anticipación a lo que vive fuera de lo limitado. Vida y misterio sufriendo de la misma desubicación.

Helados se quedan los labios cuando se nombra el vacío.

Y cada uno de los huesos de la imagen se rodea de succulenta memoria.

La imagen aparece sobre el mundo invisible que la sustenta y su simetría discute con el pensamiento cuál es el cuerpo y cuál es el reflejo.

La imagen como ley que deriva en materia o la mancha que nos muestra la vía de acceder a todo el conocimiento a través de su diminuta puerta, que nos propone entender el todo que las partes anuncian y la nada que subyace.

Si de la imagen sólo existiera su materia, qué diría el pensamiento cuando hablara. Dejaría de cantar, de soñar y de reír al despertar.

Un pequeño punto ya es hipnótico como el fuego.

También filigranas de humo que antes eran cuerpo sólido pero inexpresivo.

Sombras que proyectan el universo, luz herida que se revuelve en sus circunvalaciones hasta caer sobre su peso.

Lo inverso acaricia la espalda de todo lo que existe.

Delimitar la imaginación es convertirla en mancha, en emblema material de un mundo imposible.

Nudos de color que rozan las membranas del lenguaje, chorros de materia que nos mantienen vivos pero completamente detenidos, como si la luz no fuera energía y la materia no tuviera extensión ni medida.

La imagen recordatoria.

Una oración que invoque tan sólo al tránsito, que sobre lo estacionario se agite lo caprichoso y que a los cuerpos inconcretos de las manchas se le imagine un mundo paralelo y autodefinido.

Valor y color se unen.

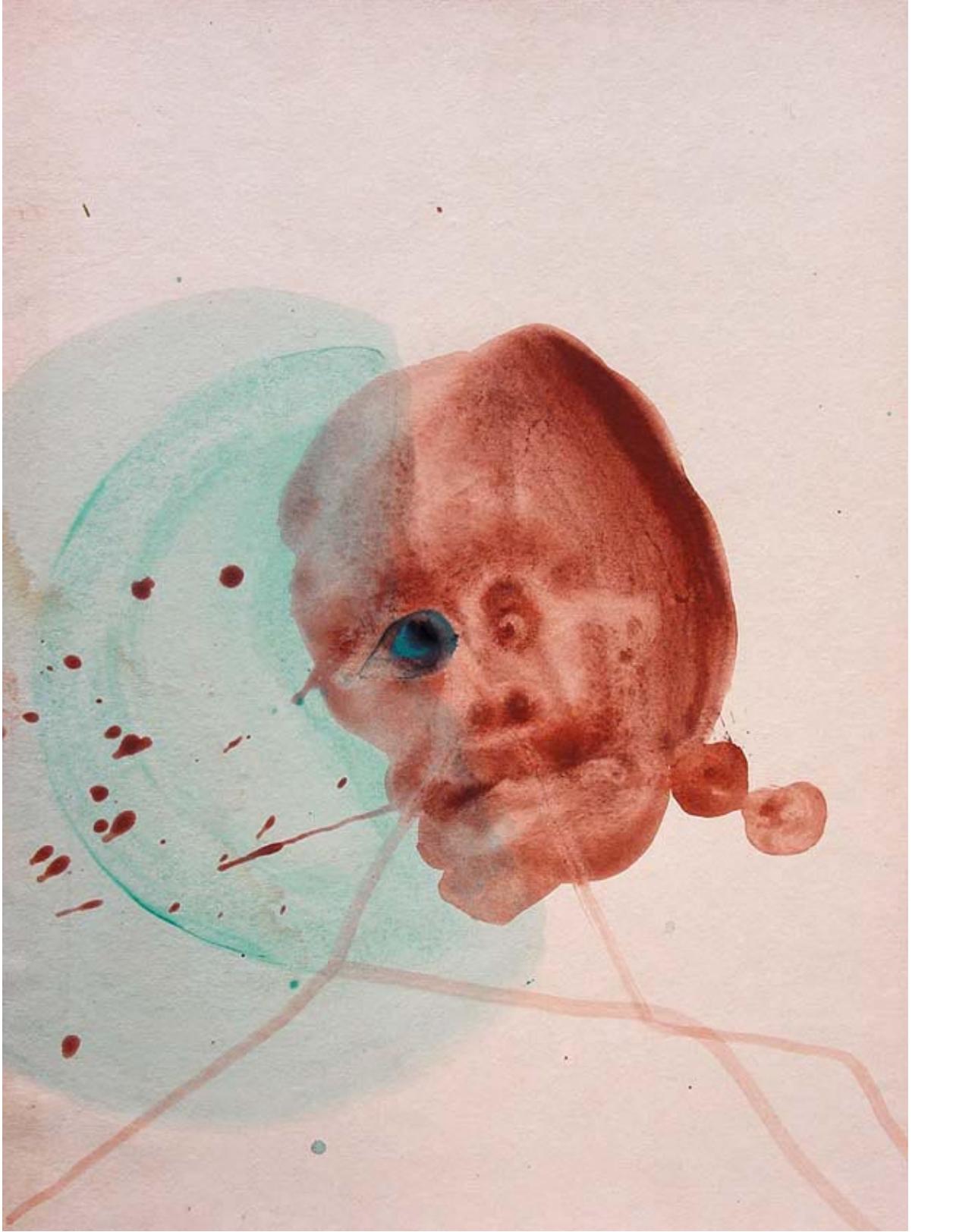
Cuerpo y dolor como espejos de lo que también es alegría.

Reducimos las formas dentro de algo que en la imaginación no tiene límites.

Sus relaciones son previsibles pero su imposibilidad de ser verdad las convierte en movedizas, y eso las excita y las también las desvanece.

De tanta libertad se decanta la vida.

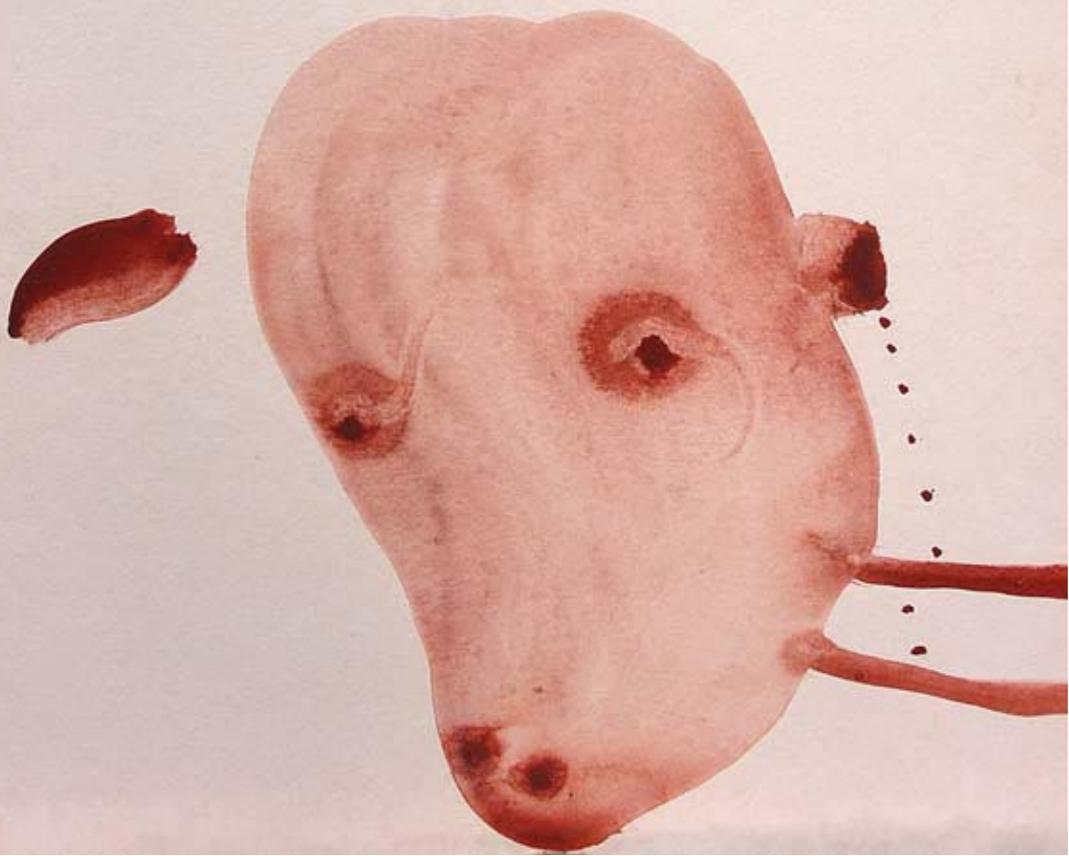


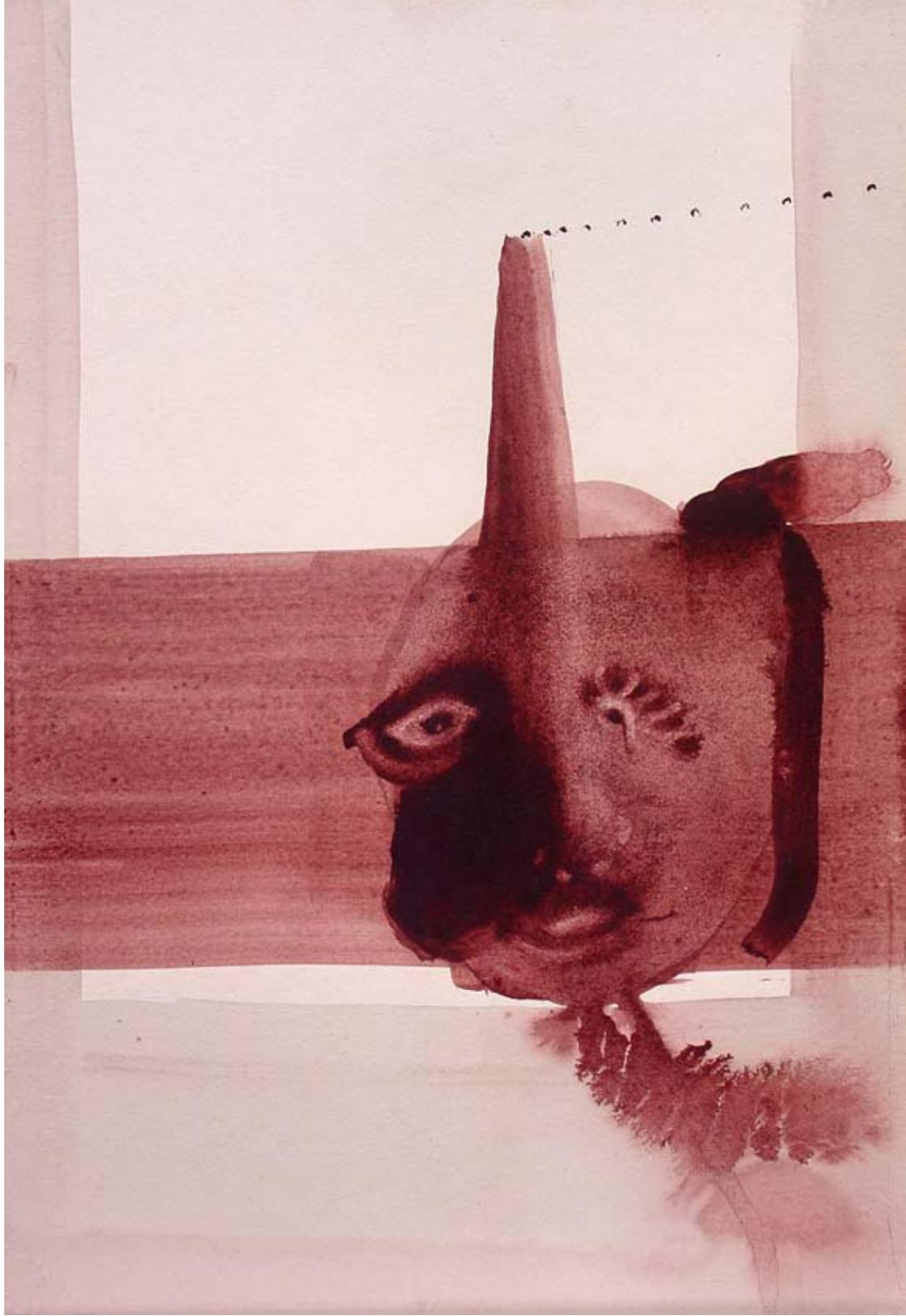














Tras la herida

Geles Mit

Yo, viva y centelleante como los instantes, me enciendo y me apago, me enciendo y me apago, me enciendo y me apago. Pero aquello que capto en mí tiene, ahora que está siendo transpuesto a la escritura, la desesperación de que las palabras ocupen más instantes que la mirada. Más que un instante quiero su fluencia.

CLARICE LISPECTOR, *Agua viva*

La materia se recompone. Existe tras la herida regeneración de aquello que allí existió, vital o trascendental, orgánico o mundano, carne o poesía. Cualquier forma de cierta complejidad posee un punto originario del cual posiblemente apenas recuerde nada...pues permanece ya inmersa en un nuevo ciclo. Incluso a los seres con aliento vital nos ocurre algo semejante. Cuando el alma es rasgada y puede notarse la transformación viva que el dolor concibe para ella, no reparamos en cuánto tiempo transcurrió desde que aquella primera punzada nos hizo retroceder. En ambos casos sólo cabe la respuesta lúcida que incita a sobrevivir y a olvidar. Así es como la materia se regenera a sí misma.

¿Por qué entonces tanto interés en delimitar la esencia de lo que antaño ‘fue’ y lo que ahora ‘es’? Si durante un instante puede permanecer en el umbral, en tierra de nadie, entre dos mundos aparentemente irreconciliables –algo mágico cuya duración en el tiempo no es estimable ni cuantificable– ...¿por qué tanto empeño en definirlo –figuración, abstracción, forma plástica, forma icónica– y atraparlo? Cuándo será la esencia misma de la materia quien indefectiblemente acabará por decidir qué va a ser: forma cerrada, abierta, figura, pájaro, concepto o palabra; la que adquirirá presencia y por ende se interrogará a sí misma acerca de su elección. En definitiva, el instante en que ‘ello’ tendrá constancia de ser ‘yo’.

Se transformará, sí, pedazo a pedazo regenerará su cuerpo, pues ‘forma’ y ‘ser’ con aliento vital comparten idénticos anhelos y –por qué no– mismas debilidades. Alguna de aquellas formas, atrapadas antes y reprimidas, estallarán repentinamente por el deseo de verse en el espejo como árbol, mono o ratón, cediendo a la vanidad de una forma reconocible y fácil de amar. Alguna otra con mayor carga de timidez construirá para sí misma una armadura ligera que dará volumen a un cuerpo tibio deseoso de ser acariciado, un hombre de hojalata que contrariamente a su deseo permanecerá oculto.

Será entonces cuando esas formas que provienen del agua y el pigmento resulten en formas humanas que piensan y acarician su nueva figuración en

carne y jirones, la mayoría de ellas sorprendida de su renovada naturaleza, ajena, extraña, pero estimulante; de ahí sus ojos entreabiertos a la espera de una aclaración. Cuando el espectador, su interlocutor, se enfrente a ellas el diálogo resultará sorprendente pues pocas veces en la regeneración puede observarse con tanta claridad el origen húmedo de la materia y, al mismo tiempo, la apariencia presente de un cuerpo renovado, con rostro, cuerpo o alguna extremidad, que pone en duda su presente y pasado.

Una incierta naturaleza mixta que pasa inadvertida para esos seres emergentes que ansiosos en la huida no reparan en las huellas de lo que fueron, su capacidad de elección confunde su juicio, obviando lo evidente: con aparente descuido ese resto de mancha húmeda que pende de uno de sus brazos es todavía un resto de la pincelada que lo creó, una huella del pintor, el mismo hombre que la concibió, y a quien se asemeja tanto más de lo que cree.

Quizás la lección que aún queda por aprender, a la vista de esta semejanza sea lo fácil que resulta reconocerse de pronto en un gesto ya olvidado, que presente y pasado apenas se distancian un instante y que aquello que 'somos' ahora, seres con aliento vital (de carne o de agua), fuese dibujado mucho antes como manchas y remolinos de materia...

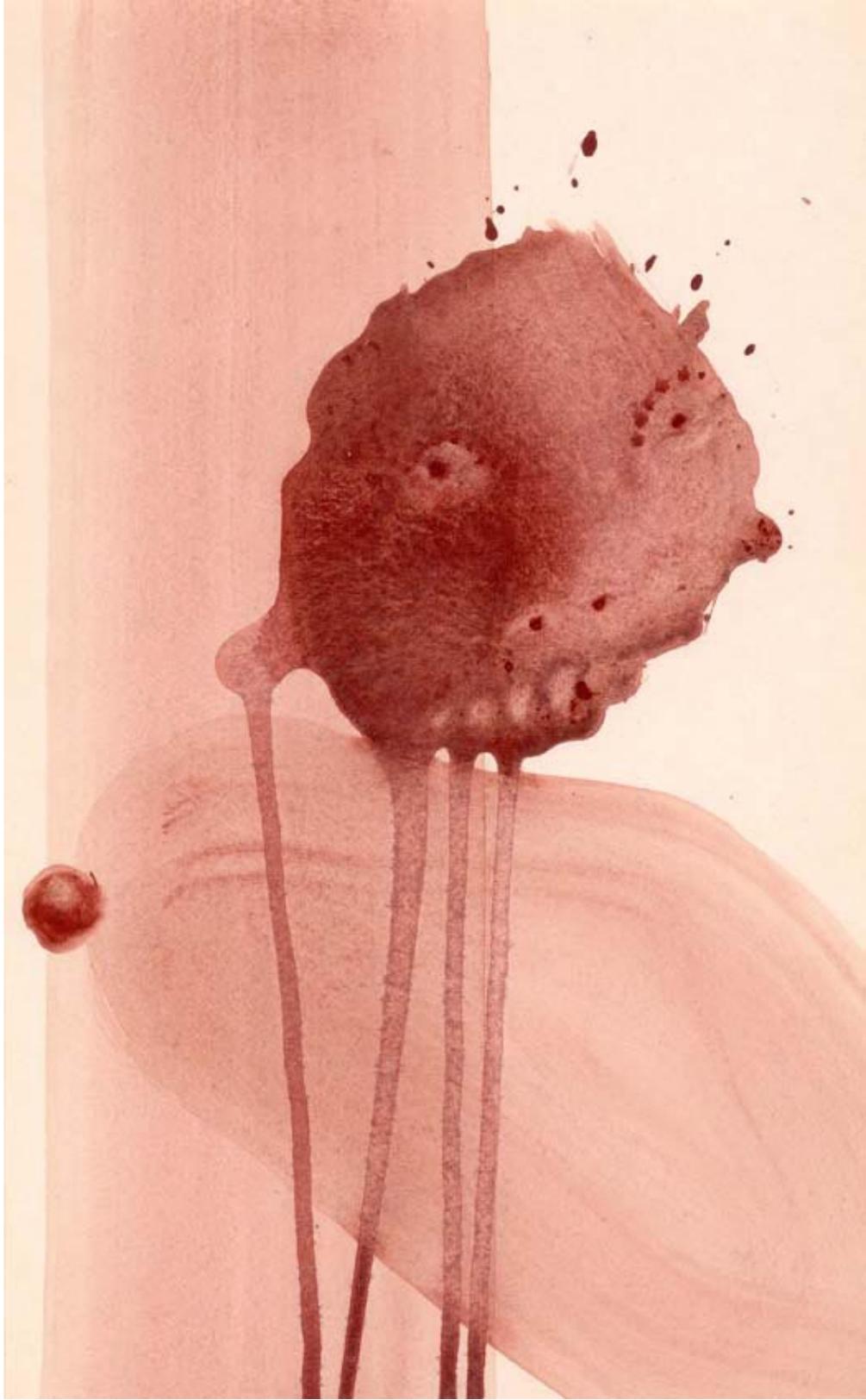
Así es como, tras la herida..., tras conocer que lo que 'fuimos' permanece dentro de lo que 'somos', la materia se regenera una vez más.

















(El tiempo se desvanece ligero y denso en imágenes)*

Fernando Machado

*Procuro decir lo que siento sin pensar en lo que siento.
Procuro arrimar las palabras a la idea
y no necesitar de un pasillo del
pensamiento para las palabras.*

Alberto Caeiro

Podemos vivir con los tiempos o vivir en el tiempo: los que viven en el tiempo suelen estar contra el tiempo (gracias David).

Se puede hablar de lo que hablamos o puede uno dejarse hablar (gracias Agustín).

Igualmente, se puede pintar o dibujar esto o aquello, o bien dejarse pintar (gracias Sergio).

Si nos dejamos pintar, la pintura deviene un acontecimiento mágico y el cuadro se transforma en la bola de cristal en donde aparecen imágenes reveladoras. Figuras que se desvanecen cuando creemos empezar a adivinar su sentido. Formas que se resisten a ser definidas y que escapan de la realidad que todo lo explica, que todo lo mata, encorsetando nuestras vivencias con el armazón de ese falso tiempo que tiende a reducirnos en pasado o porvenir.

No hay razones. No hay pretensiones. Las gotas caen, una y otra vez sobre el papel reciclado y ante nuestros intrigados ojos, el trazo repite el mismo gesto, el irrepitible mismo gesto que paraliza el tiempo y funde el consciente y el inconsciente, lo intencionado y lo azaroso, lo mío y lo de todos.

Estas formas, no indefinidas, sino indefinibles, que son y que dejan inmediatamente de ser. El gesto se repite: instante que se eterniza; momento sublime en el que es posible hacer, contemplar y soñar simultáneamente. Gotas fluidas que apenas precisan un poco de aliento para descubrirnos lo que de auténtico y profundo existe en cada uno de nosotros, nuestra común herencia, nuestro compartido destino. Formas iguales y distintas al mismo tiempo, como nuestros mismos cuerpos y, como nuestros cuerpos desnudos, ni bellos ni feos, sino atractivos en su peculiar y próxima diversidad. Proximidad que encierra el común de todo lo humano. De todo lo vivo.

Aún así, hay quienes parecen empeñados en darle importancia al vestido que nos diferencia y distancia, y se afanan por destacar, por hacerse ver como individuos aislados y, a tal fin, inventan increíbles piruetas.

Pero también hay quienes quieren diluirse en los demás para encontrarse en lo común, dejando que los hechos se produzcan ante nosotros: formar parte de ellos y olvidar al instante.

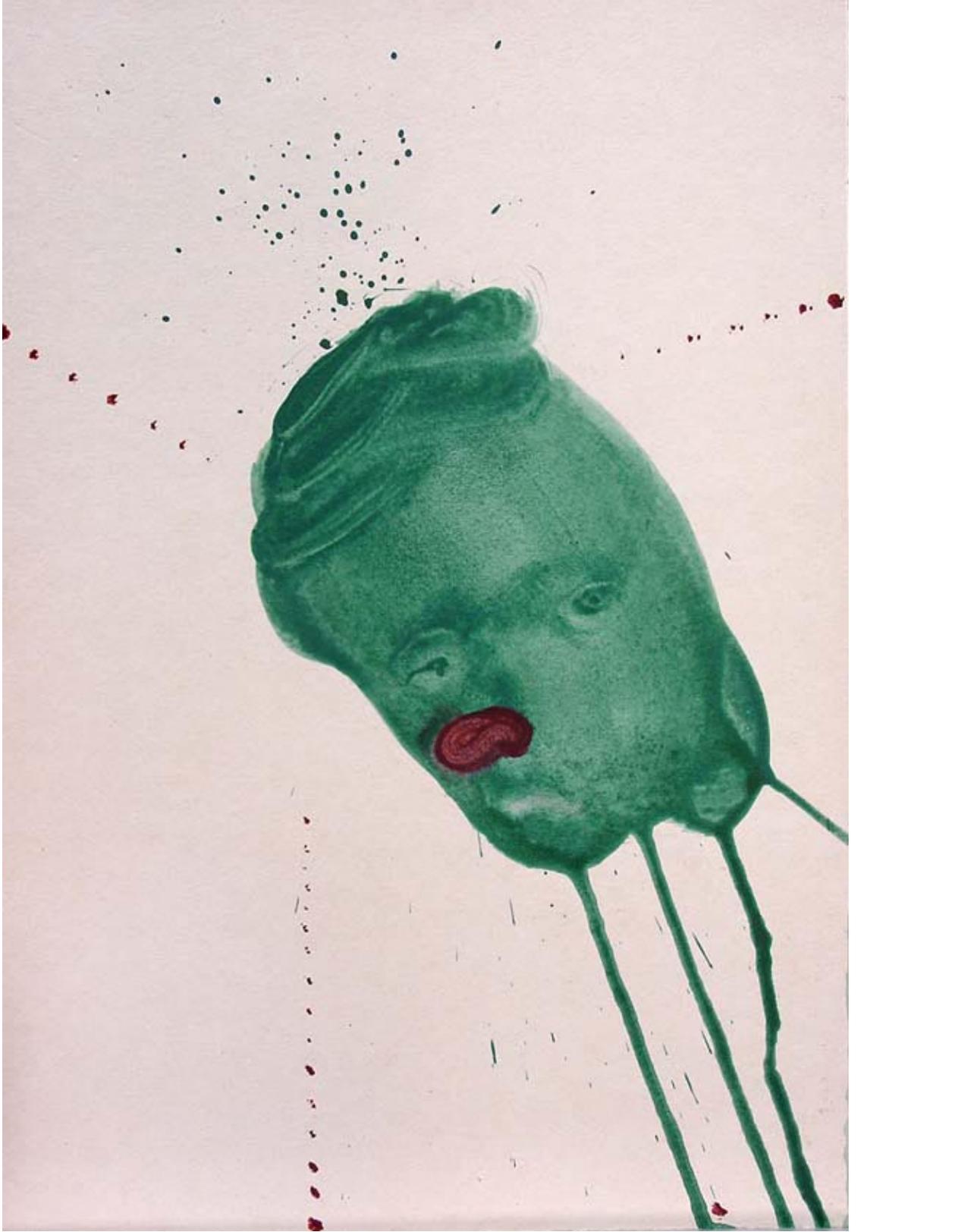
No importa quien habla o pinta ahora (gracias Michel). Alguien lo hará en aquel rincón de Southampton mientras observo estas manchas que me evocan la precisión del gesto oriental. Mientras siento esa corriente profunda que viene de afuera y hace que me diluya en ella, y circule al ritmo sereno de un corazón ajeno en el que me reconozco y te reconozco.

Fernando Machado

1996

*Texto publicado con motivo de la exposición de Sergio Barrera *El tiempo se desvanece ligero y denso en imágenes*.

















La mancha o la vida

(Jaculatoria para Sergio Barrera)

Carlos Marzal

Mira esta cara que te está mirando. Mírala y comprende, aunque no puedas comprenderla por entero, porque ni siquiera ella se comprende a sí misma del todo. Mira esta mueca que se está burlando, que se está riendo, que se está doliendo. Mira este rostro que se está pensando. Que conoce de antemano lo que tú puedas saber. Mira este espejo del vacío en donde se refleja tu vacío rostro.

Mira esta cara que vomita una cara. Mira esta cara que come su excremento. Mira esta cara detrito. Esta cara basura. Mira esta cara, humana por tan inhumana; tan inhumana por humana. No la mires ya más, que así es la cara.

Mira esta cara pez grande que se come al chico. Mira esta cara abeja que liba de la flor más pura. Mira esta cara flor pura que se derrite de placer porque la abeja liba en ella. Mira esta cara gusano que se arrastra por el mundo, fuera de las taxonomías, en su selva incógnita. Mira cómo mueve sus élitros esta cara libélula en el aire tórrido de un verano eterno fuera del tiempo, fuera de la razón. Mira cómo relumbra esta cara luciérnaga en la noche oscura del alma. Mira esta cara pájaro canoro en su rama helada de olivo. Mira esta cara de mariposa con las alas repletas de ocelos amarillos, y rojos, y naranjas, y fucsias. Mira esta cara de granada podrida en un charco de sangre bajo el sol jaguar. Mira esta cara deshecha de tanto caer, caer, caer desde las azoteas de todos los edificios en todas las ciudades. Mira esta cara cristo crucificado con tres clavos de oro por tus pecados y los míos. Mira esta cara Virgen de las iguanas que lleva un trenzado de iguanas fosfóricas en el pelo azabache. Mira esta cara catedral y ermita en cuyas bóvedas resuena una jaculatoria sobre las caras de los hombres.

Mira esta cara texto emborronado con el poema de la sabiduría. Mira esta cara salpicadura de la vigilia y del insomnio, del sueño y de la pesadilla. Mira esta cara tachadura de todas las palabras que hemos pronunciado, y por las que hemos mentido, por las que hemos matado, a las que hemos levantado altares. Mira esta cara tizne de todos los calvarios, mugre de todos los sumideros, lamparón de negrura sobre las sábanas nupciales. Mira esta cara dique desdentado contra el que rompe la marea lunar. Mira esta cara así en el cielo como en la tierra.

Mira esta mancha que se quiere cara. Mira esta cara que se sospecha mancha. Déjala que te mire. Déjala que te manche. Descárate de ti y encárate a lo ignoto, a lo inviolado que te está aguardando. Dame tu encarnadura, tu encaradura, que son la carne de tu cara y su entretela, su cristalización tan frágil. Dame todo lo que tengas. Dame todo lo que seas. Dame todo lo que has aprendido. Dame todo lo que has robado. Todo lo que te ha caído del cielo. Toda tu ciencia infusa. Tu certera ignorancia práctica. Dame tu mancha. Dame tu cara. Dame tu gracia. Dame el soplo de tu aliento. La lengua de fuego sostenida sobre nuestras cabezas.

Dame la mancha de tu vida. Dame la vida que mancha. Por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa.

















Sergio Barrera: Dejarse Pintar

Vicente Gallego

Frente a aquellos pintores que tratan de pintarse, subrayando su derecho de pernada sobre el blanco del lienzo, Sergio Barrera ha elegido dejarse pintar. A salvo de cualquier proyecto, renunciando a la prudencia, parece haber tomado sueltamente los pinceles, dispuesto a permitirles discurrir. Si una mano los obliga, esa mano sabrá a dónde quiere ir a parar. Sergio tan solo los sostiene; lo veo con dos dedos sobre el mástil, soltando la muñeca, en la alegre deriva de la tinta, dejándose encontrar.

Yo no sé cómo se logra ese equilibrio en el que la pintura parece surgir del fondo de sí misma, cómo apartar la zarpa y dejar sólo las yemas, lo blando de la mano. Pintar así, desde la curiosidad, tomando como credo la aventura, es sólo para los valientes, para los que no temen verse raptados, devorados y suplantados por sus íntimos demonios. Cuando se abre la puerta, cualquiera puede entrar en casa. Y aquí son todos bienvenidos.

Estos pájaros sin cabeza, estas cabezas a pájaros, con sus narices más que bien narigadas, los árboles de bruma y amargura, los sufrientes que habitan en su pincho, tanta vida mutante puesta a desdecirse y gobernar. Sergio se ha encontrado con toda una generación de monstruos aulladores, tan humanos que nos duele mirarles el muñón. En este universo casi mineral donde cada ser parece asomarse desde el fondo oscuro de su celda, nos perturba una inquietante movilidad, una zozobra. Todos sus mudos habitantes están queriendo algo, algo les falta, están pidiendo unas migajas de nuestro pan.

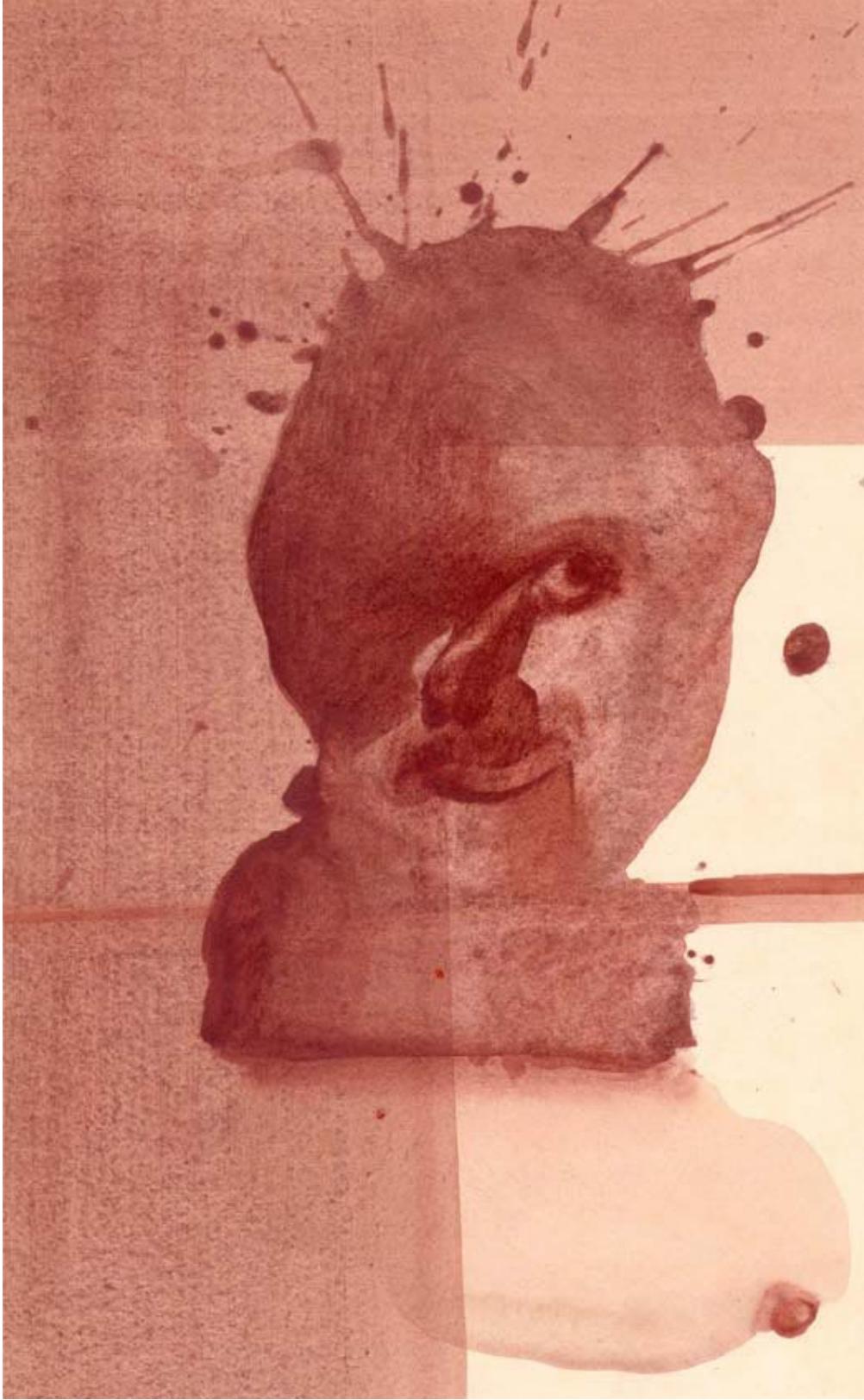
No hay descanso para estas criaturas. En cruda procesión de penitentes, van clamando sin boca, sin miembros y sin rostro. Hay algo muy nuestro en esta pléyade de fantasmas, se ha colado allí como al descuido: es el terror de ser. Pensando que pintaba unas figuras, Sergio Barrera ha bajado hasta la gruta, hasta el fondo borracho de la conciencia, y se ha vuelto de allí cargado de aflicción.

Son sueños en voz alta estas pinturas, pequeñas pesadillas, fragmentos de razón descabalada. Parecen haber sucedido en el límite mismo de la vigilia, en ese espacio donde comienza a desaparecer el que contempla y sólo queda el asombro de la contemplación.

Mirar estas pinturas de Sergio Barrera no resulta cómodo, la extraña seducción que ejercen sobre nuestra mirada, el torcido placer que nos provocan, tiene más de masoquismo que de amor. Este canalla del cilicio nos ha sacado las vergüenzas, nos expone las llagas, nos enfrenta al abismo, sin un asomo de piedad.



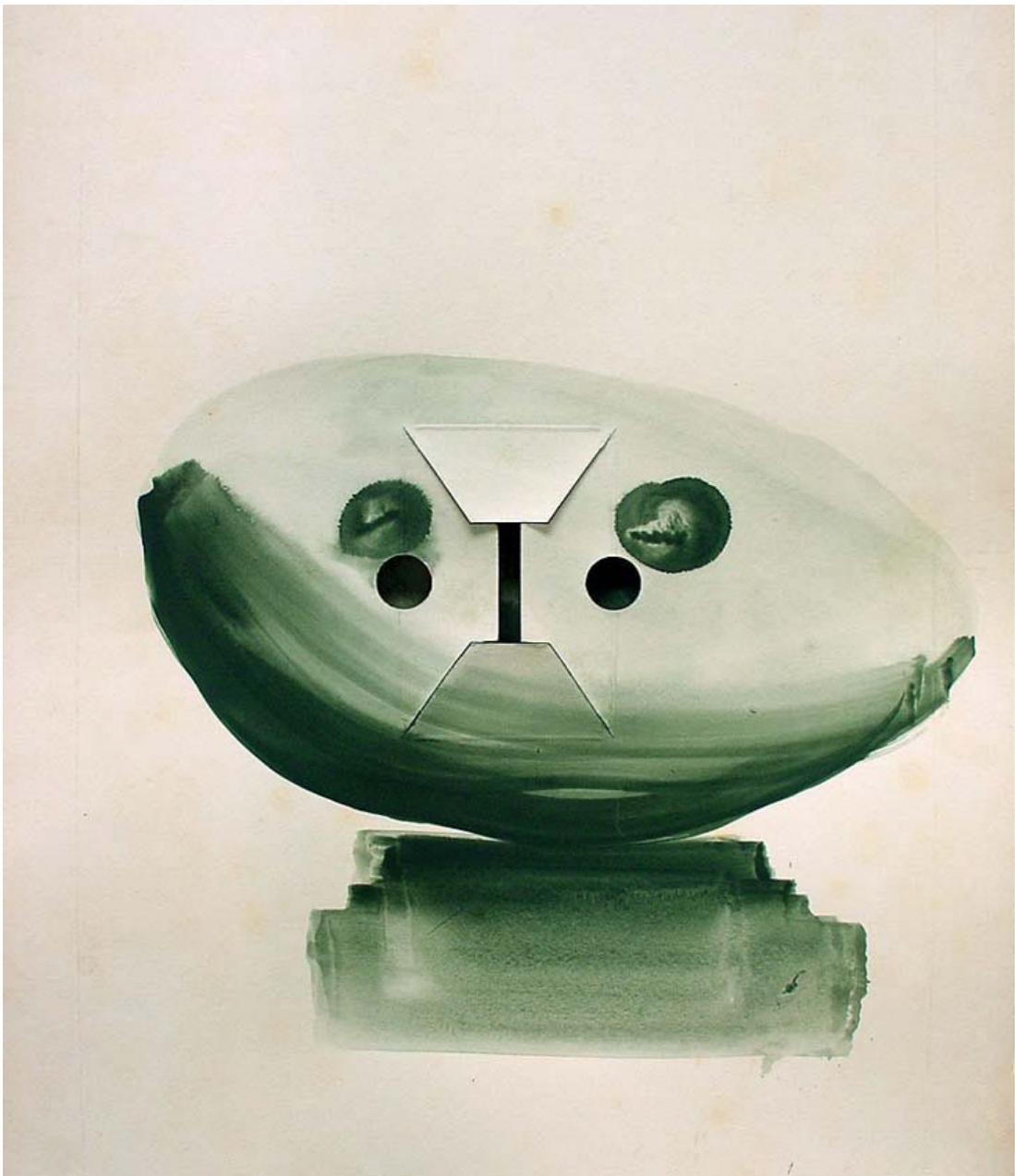












El mundo que se dibuja. Notas desde este lado del papel

Ricardo Forriols

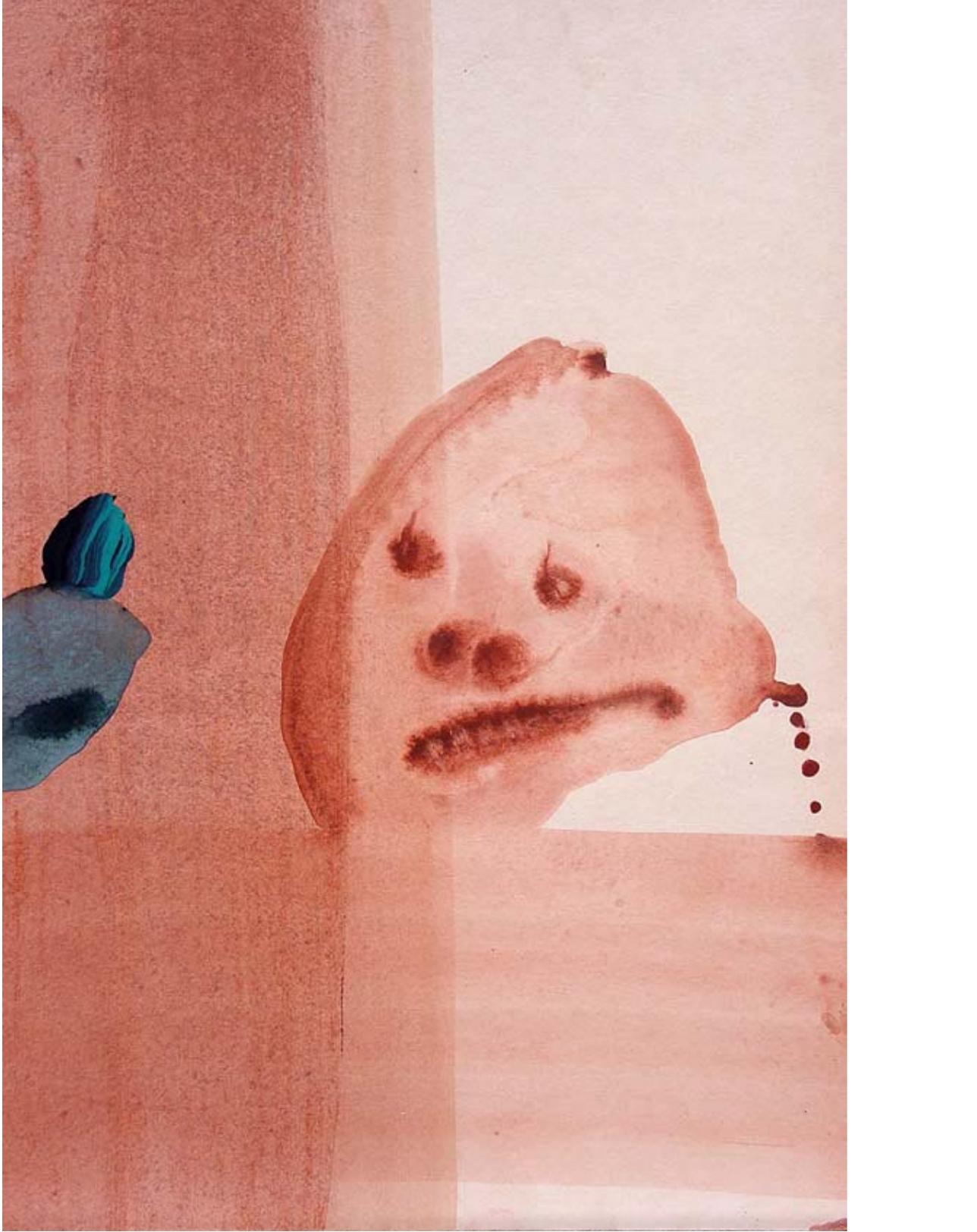
El mundo en el que se dibuja no tiene nada que ver con el mundo en el que se habla de lo que se ha dibujado. Eso escribía a finales del siglo pasado Sergio, formando parte, a su modo, de una justificación sobre el propio ejercicio de la pintura entendido como el ejercicio de la vida, que sigue (y siguió) más allá del posible desarrollo de un proyecto que no era y más acá del devenir del mismo proceso, de vivir, de pintar, de dejarse dibujar con la pintura.

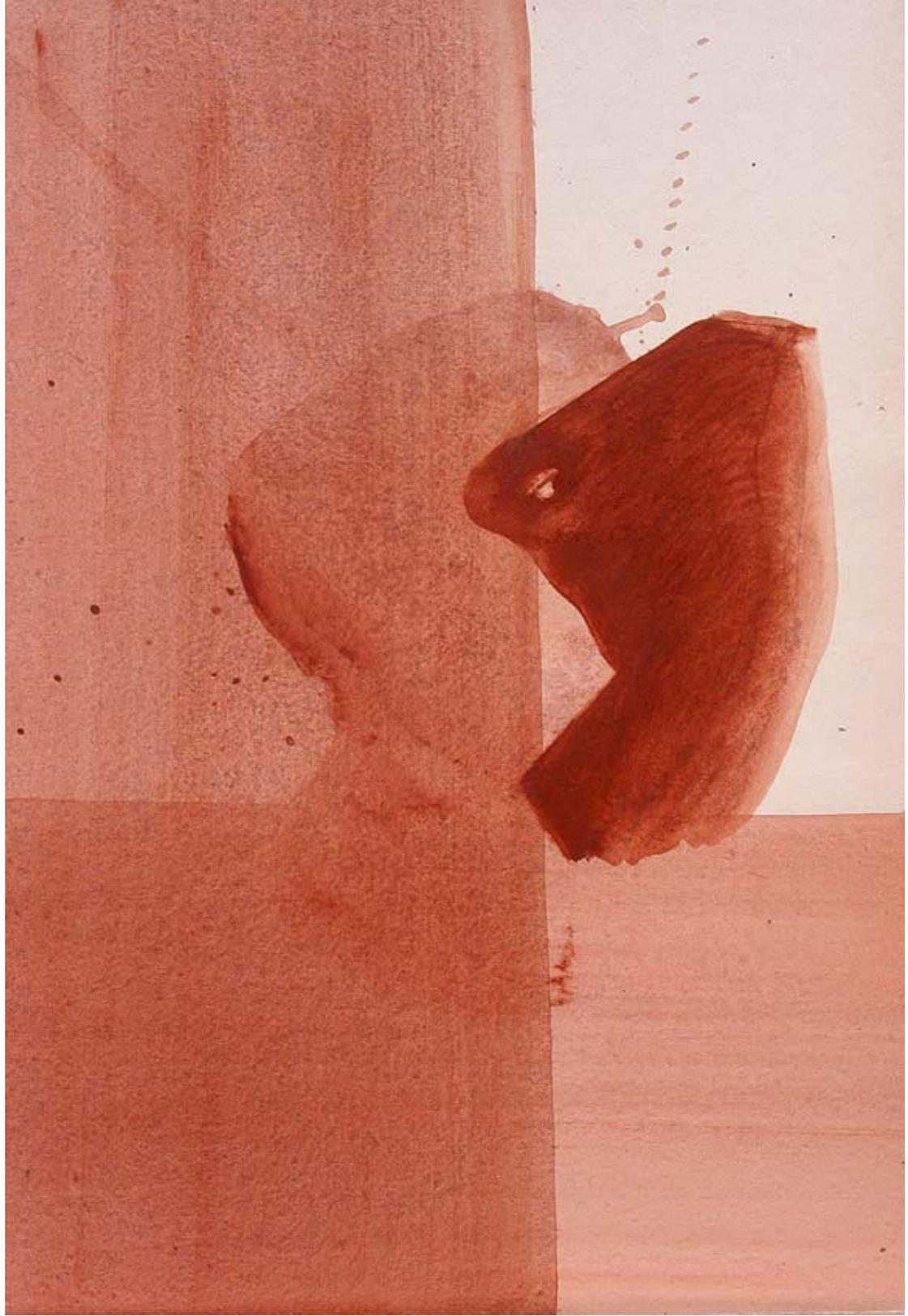
Cierto: *no tiene nada que ver*, pero aquel mundo dibujado no estaba ciego. Echando el ojo sobre aquellos papeles de entonces descubrimos cómo una mancha nos mira de directo soslayo, tan humana, aparecida entre los rastros de la pincelada aguada, de un rojo chocolate que era, es, del otro mundo. Y tantos perfiles narigudos, el bocado brutal de todos los dientes. Y otras manchas, algunas de verde Barrera, restos como entes aparecidos, dejados aparecer, dejados a su antojo flotar, fluir, derramarse. Y hay además las formas de extraña textura y líquida existencia que sólo son cuando se dibujaban, como nubes evolucionando para más tarde configurar estructuras de trazos malva superpuestos. Todo sola pintura.

¿Se convirtieron después a este mundo esas cosas? ¿Traspasaron ellas la fina línea de una hoja de papel? ¿Podemos ir nosotros de este mundo a aquel en el que se pintaron?

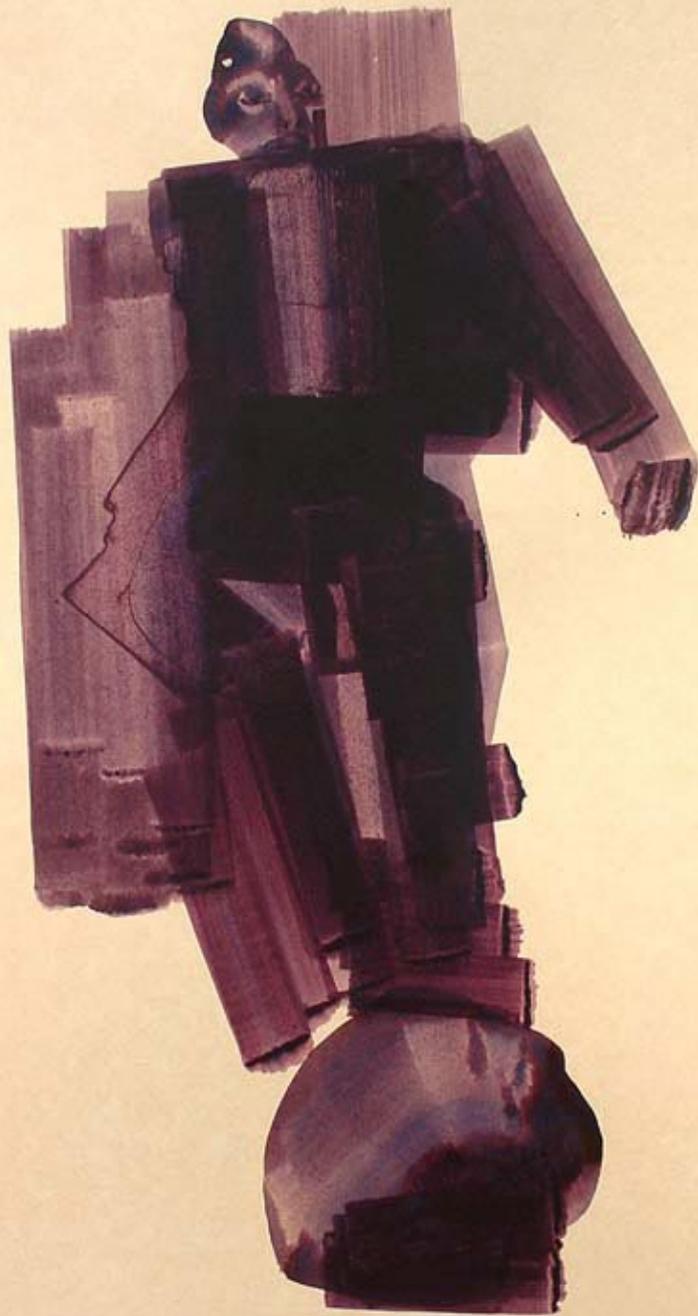
Sería tonto decir/hablar/escribir un sencillo sí. Realmente es otro mundo, al menos un lado otro de este mundo definido por un juego de tiempos y algo más. Pensemos si no desde cuándo guardamos un dibujo o cuál es nuestro primer recuerdo dejado sobre un trozo de papel. ¿Acaso éste sólo pervive latente, todavía, sobre el papel y entre los olvidos de nuestra memoria de cuando éramos más jóvenes? Por su lado, ese algo más tiene que ver con la nueva geografía que supone trazar cualquier línea o dejar crecer cualquier punto sobre una superficie, estableciendo un orden, un sistema, una frontera, la decisión material de un pensamiento, por mínimo, a veces. Ese algo más, es lo que tiene, es la intensa sugestión lírica que provoca y contiene un poema corto, y de tan corto, concentrado.

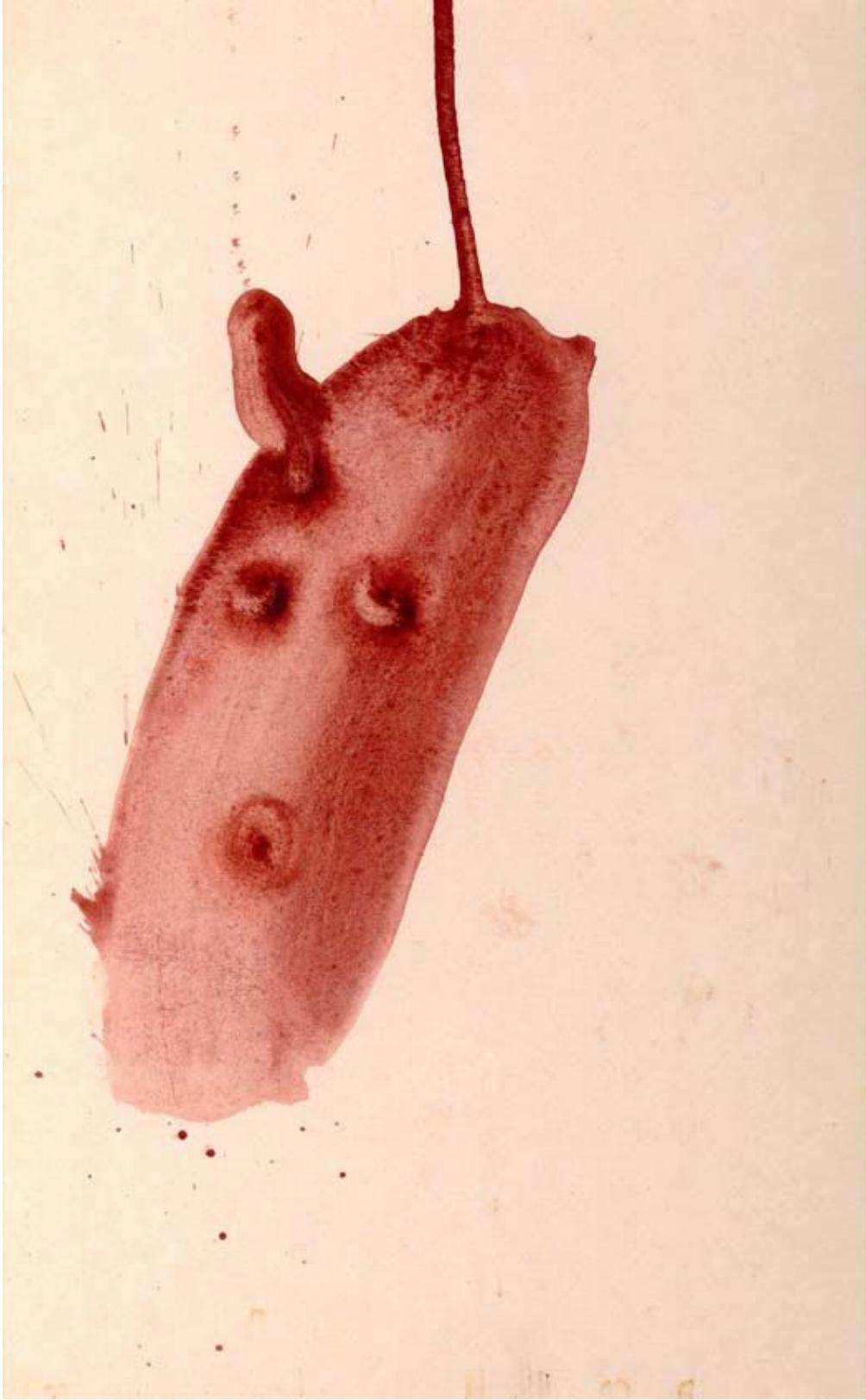
Y a contraluz en ese ejercicio de vivir que es ir cosiendo la pintura, Sergio podría haber escrito también: *Tengo necesidad de sentir la vida ante mí, y de asirla toda, tal que penetre por los ojos y la piel;* pero quien lo dijo fue otro pintor, Nicolas de Staël. En todo caso, Sergio lo ha dibujado para que penetre por donde tenga que penetrar, vaya; nos lo ha pintado para que la vida de la pintura penetre cimbreante por los ojos y sobre el papel a esta parte del mundo en la que la vemos y la decimos.

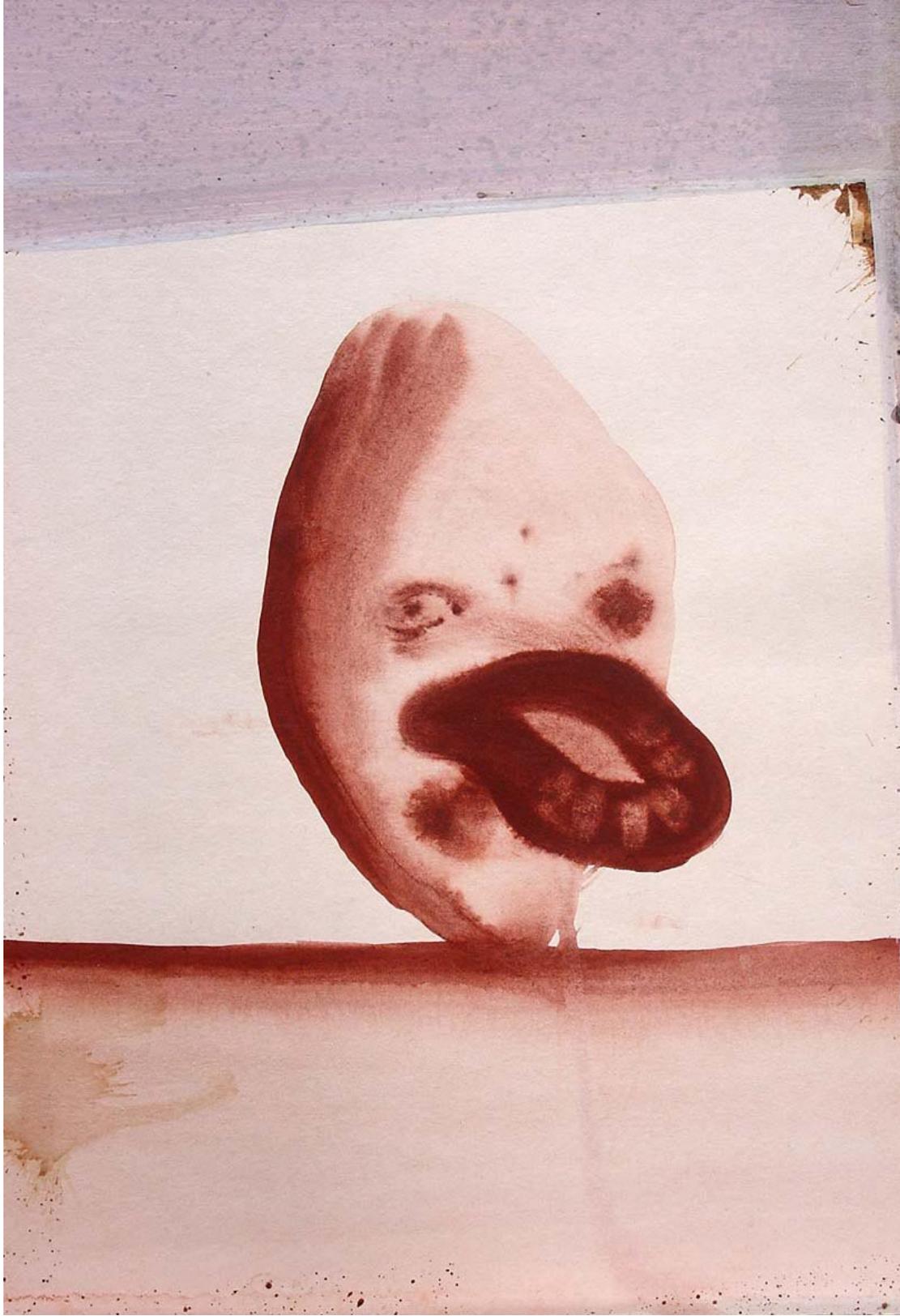














• La evidencia de la mirada en tiempos de invidencia.

David Pérez

Al igual que una superficie plana queda delimitada por cuatro lados, hecho por el cual el concepto de cuadro se vincula etimológicamente con el latino *quattuor*, también son cuatro los segmentos discursivos que Sergio Barrera ha utilizado para encuadrar su práctica pictórica. En primer lugar, ha mostrado interés por cuestionar el papel del autor y de la autoría, lo que supone poner en duda el modelo de autoridad y poder que se articula desde el nombre y la firma, ese modelo que legitima el valor en función no del uso, sino del cambio. En segundo lugar –y en estrecha conexión con este cuestionamiento *autorial/autoritario*–, dicho planteamiento le ha llevado a reflexionar sobre la posibilidad de efectuar una pintura que se desgaje de lo personal. Debido a ello, pintar no se vincula en su caso a un modelo expresivo por medio del cual el individuo se refleja y explicita, dado que el propio hecho de la pintura sirve para construir un yo que no sólo se rehace y deshace en cada pieza, sino que se dice a sí mismo sin intervención de lo individual. En tercer lugar, el desapego y la crítica de lo personal –algo plenamente enraizado en un sistema basado en el *exceso hiperyoico* y en la consiguiente trampa que esconde el liberalismo axiológico– suscita un aprecio por nociones como las de azar, accidente, premeditación y carencia de intencionalidad, presentes todas ellas en muy diversas tradiciones poéticas – desde Tristan Tzara hasta Francis Bacon, pasando por John Cage o Jackson Pollock–. En cuarto y último lugar, la conjunción de todos estos hechos ha servido para que Sergio Barrera haga uso del lienzo y del papel como soportes o, mejor aún, como espacios en los que aquello que puede ser pronunciado no es la voz de la propiedad, sino la de la posibilidad. Si hablar desde los límites del sujeto conlleva un necesario dejarse hablar, hacerlo desde el espacio de la pintura, supone tener que asumir la misma como resonancia de un dejarse pintar.

Ahora bien, este cuadro que así se genera delimita un plano de acción que situando su pintura, no por ello la explica ni la justifica. En este sentido, mostrar la evidencia de unos intereses no supone trazar caminos hermenéuticos cerrados. De igual manera, recorrer los mismos tampoco conlleva justificar sus lindes. Con todo, la pintura no es algo plenamente inexplicable, ni en menor medida injustificable. La pintura, hay que recordarlo, asume una explicación, siquiera sea parca y menguada: la misma ayuda a leernos desde la desidentificación, es decir, sirve para decirnos en tanto que al hacerlo estemos desdiciéndonos. Por este paradójico motivo al quedar dicha la pintura desde nuestra lectura, podemos

olvidarnos de nosotros y, por ello, sólo desde el olvido, hablar desde el presente. Lo dicho a través de esta presencia, sin embargo, no es más que una posibilidad: el territorio de una fluctuación. O, si se prefiere, el espacio de una instantánea que es el frágil registro de una voz que cambia en cada habla y que desvela en su elasticidad la presencia de una identidad plural.

Desde estos presupuestos no importa saber qué significados precisos dictan las formas que pueblan las superficies de las obras que componen esta exposición, ya que lo audible en las mismas es tan sólo un fragmento que se renueva en cada modulación. De este modo, lo que en estos dibujos puede resultar importante es escuchar el curso de nuestro propio decir, un curso que, con independencia, de las resonancias generadas en cada lectura, amplía en uno más los lados de ese lienzo cuadrangular de intereses al que aludíamos en un principio. Un lienzo que ahora asume las necesarias sombras de un volumen que no por evidente debe pasarnos desapercibido: viendo estas obras vemos que estamos viendo.

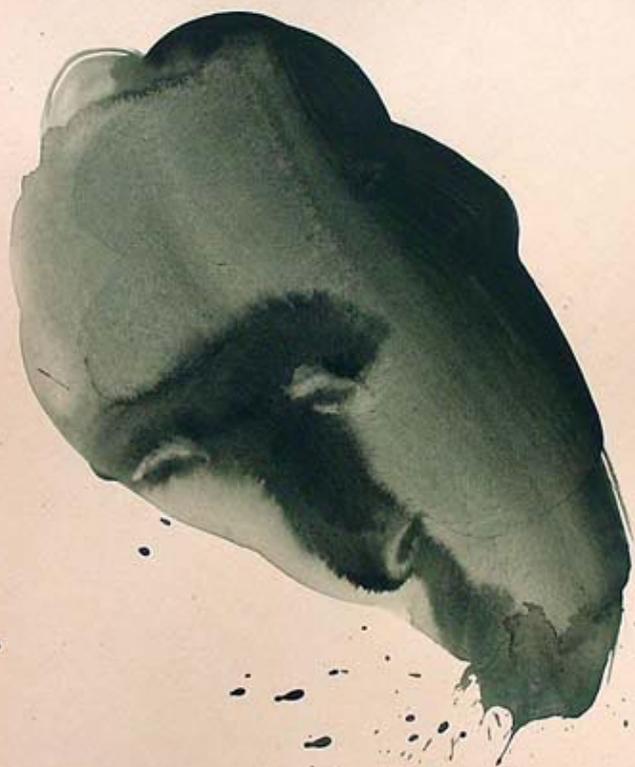
En efecto, ahora que todo resulta visible, nada escapa a la opacidad. Y no sólo porque toda luz –necesaria para que la visión sea físicamente posible– genera zonas de sombra, sino porque la evidencia de la imagen –su obvio e impositivo *estar ahí*– deja desnuda y sin palabras a nuestra mirada. Sin embargo, ver siempre ha requerido de la palabra, puesto que ésta ha posibilitado la existencia de una hermenéutica que estableciera los cauces del sentido. Ante la avalancha acelerada de una visibilidad autosuficiente, la palabra se ensombrece y debilita, haciendo que nuestra vista queda anémica y ciega.

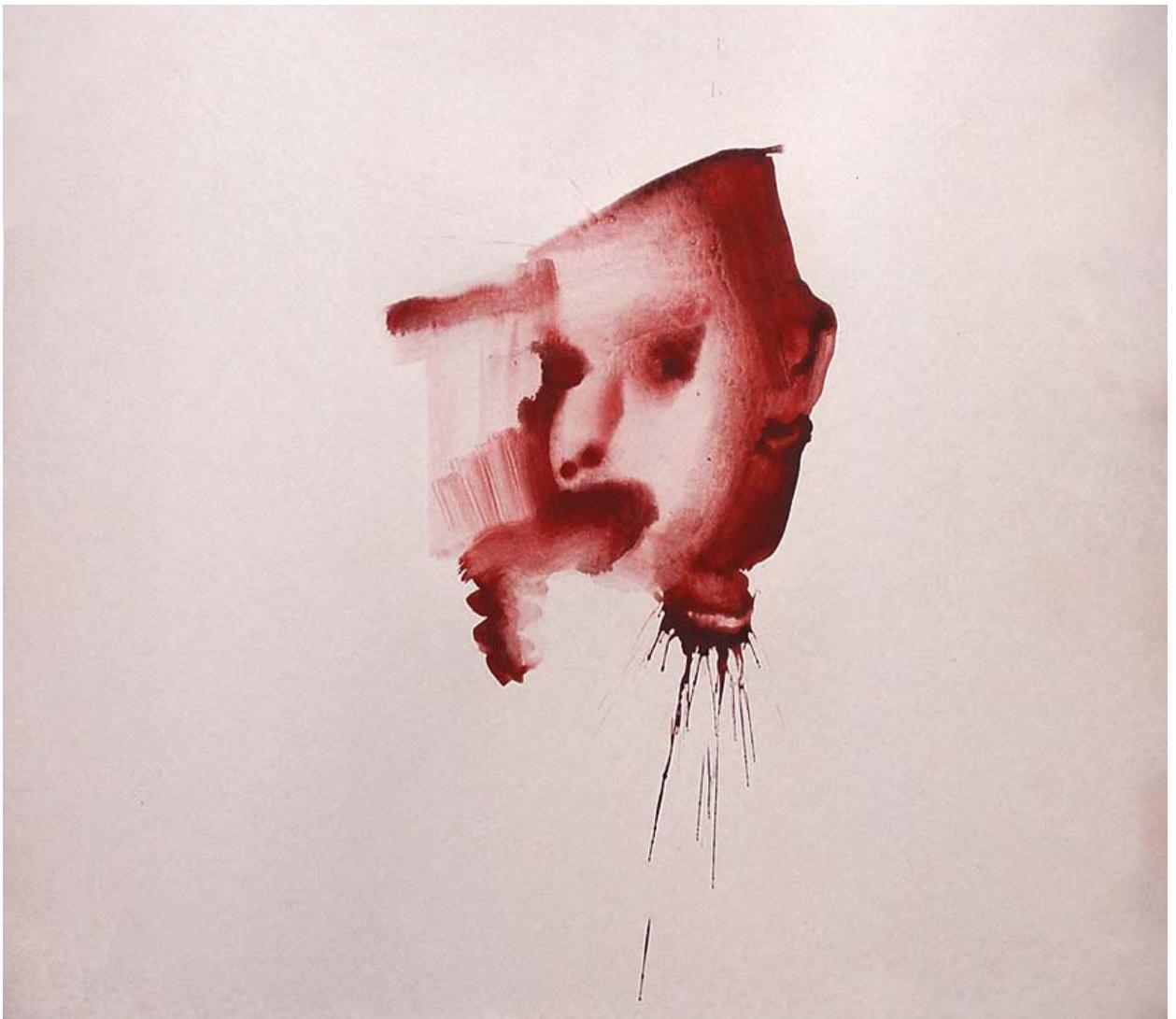
Viendo ya no vemos. Tan sólo somos ojos mudos. O, si se prefiere, bocas ciegas. El exceso de visibilidad inutiliza la mirada, convirtiéndola en monólogo del flujo mediático. Frente a una imagen que se renueva *ad nauseam* y que en su mutante multiplicación genera la falacia de una diversidad que diciendo lo disímil siempre habla de lo mismo, requerimos de un espacio de visión que permita ver que estamos viendo. Es decir, un espacio visual que posibilite la recuperación de la palabra. O lo que en este caso es lo mismo, una superficie que ayude a revisar y escuchar, a releer y a reescribir.

La inconsciencia de la ceguera que nos caracteriza muestra, tal y como Saramago sugiere, la evidencia contundente de una extendida pandemia. Sobran imágenes puesto que necesitamos ver. Sobra el tiempo porque no deseamos quedar sujetos al vértigo de la acumulación. Sobra hipervisualidad dado que buscamos rehacer la posibilidad de la mirada. La pintura actúa, por ello, como una invitación a ver y también a hablar. A ver que se puede ver y a hablar de que la invidencia no es nuestro único estado visual. Esta es la causa por la cual la pintura actúa como constatación contramediática. Es decir, como registro de un tiempo que estando en el tiempo no sólo es tiempo, sino transcurso: mancha que surge, trazo que se diluye, gesto que se pierde. En suma, oscuridad en la que vemos.

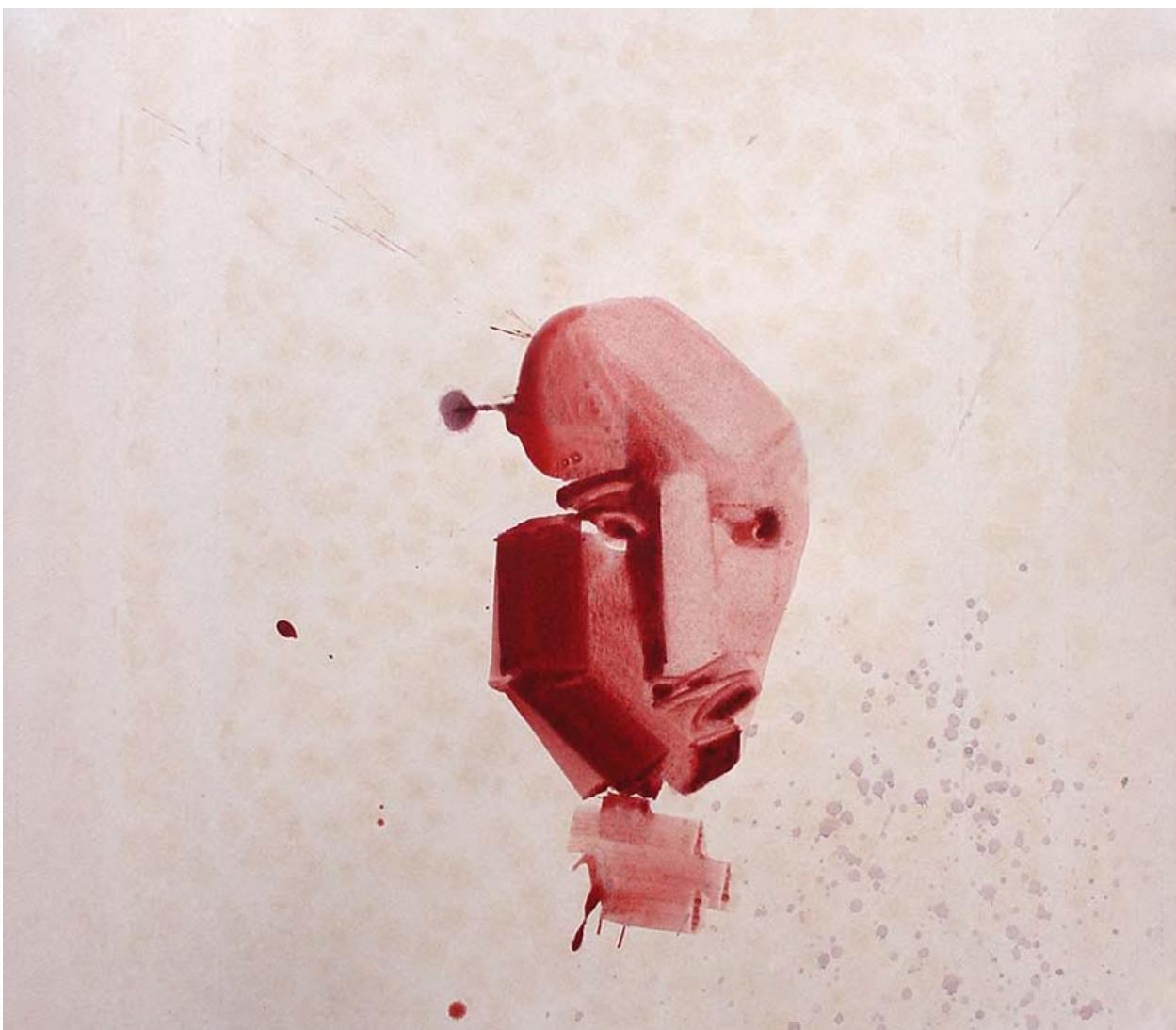
















Javier Pividal

E. y yo paseábamos por el estudio de pintura del *college*, una gran sala rectangular inundada de luz artificial y de la espesa atmósfera que provocan las emanaciones de óleos, acrílicos, barnices y sintéticos junto a materiales no tan dulces, pictóricamente hablando. En cada uno de los muchos recuadros en que se dividía el espacio encontrábamos mundos distintos, decenas de abejas reina trabajando en su celdilla. A menudo varios espacios se solapaban en uno solo, produciéndose una confluencia de voces y de opiniones diversas cuya divergencia tenía un destino común. Otras veces encontrábamos el mismo timbre en dos voces separadas en el espacio y, quizás, imposibles en el tiempo, pero no por ello menos claras.

Y entonces Sergio dijo Hello!

Estaba en un inmenso espacio delimitado por dos paneles de tres metros unidos en ángulo recto. La dispersión de materiales -telas, papeles, botes, pigmentos- se reconocía en un singular color verde que, machacón e intransigente, lo cubría todo. Al principio, indagué interesado en la primera tanda de dibujos, pero más allá de la cincuentena el aburrimiento me embargó. Y persistió aún.

Pero después de cierto tiempo comencé a ver los infinitos colores presentes en el mismo tono: verde militar infiltrado de rosa, verde esperanza previsoriamente enlutado, verde habitat artesanal, mimado y rebajado, verde fangoso y bebible, verde rico, amigo de todos los colores. Verde al fin y al cabo.

Y en ese momento los dibujos empezaron a elevarse ligeros, rítmicamente, como las hojas del calendario. Y arrastrados por la misma brisa gris y húmeda que despejaba la cabeza durante el preceptivo paseo, me acompañaron -ahora sé que en dicharachera soledad- por el parque, por el bar y por la desordenada carretera que llegaba hasta el barrio. Se quedaron a cenar y a tomar café, leyeron mis cartas y jugaron a rayuela, miraron desde la misma ventana, escucharon mis palabras y acallaron algunos gritos histéricos, juveniles. Pero, desafortunadamente, algunos se perdieron por el camino, olvidados por mi insensatez, pegados a la taza de café edulcorado, entre las ramas desnudas de un árbol paciente, en la cuneta de una carretera empinada y húmeda y poco transitada.

He necesitado cierto tiempo para agruparlos de nuevo, para reconstruir su historia completa, para encontrar el cactus o el monigote; y para entender que nada es y que todo puede ser, que una inmensa superficie puede ser la dueña del más violento vacío y que en la esquina de una hoja de papel se puede dibujar un mundo con su cielo y su infierno incluidos.

Y entonces se ha levantado viento otra vez y han salido poco a poco todos los habitantes de ese mundo verde. Unos chillaban y otros no sabían ni hablar. Los

había como de otro planeta, animales incluso y algunos parecían atragantados por su propia erección. Y he visto sus moradas, los lugares donde construyen su realidad - y, algunas veces, la mía -. En cada uno de ellos he encontrado un color siempre verde y una aguada y un empaste y unos ojos y un sueño; e incluso una boca cerrada en espera de respuesta.

Ahora ya están todos guardados, taxonómicamente agrupados pero sin celo, dispuestos a desaparecer o a resumirse o a explotar. Los he plegado cuidadosamente, hasta su más mínima expresión y los he depositado en una esquina, debajo de la uña del dedo meñique donde, algunas veces, he sentido palpitaciones.

Valencia, 1998







Características técnicas

Todas las pinturas que aparecen en el presente catálogo han sido realizadas con pigmento y látex vinílico sobre papeles de distinto gramaje, entre los años 1995 y 2006.

Estas pinturas han sido agrupadas bajo el título:
Aguas de carne entre nubes y cartón.

Agradecimientos

A Geles Mit, Fernando Machado, José Saborit, Ricardo Forriols, Vicente Gallego, Carlos Marzal, David Pérez y Javier Pividal, por vuestra complicidad y mucho más.

A Juan Lagardera, por toda la confianza depositada en mí y en esta exposición.

Y, muy especialmente, a Toño Barreiro, por toda la dedicación prestada en la elaboración de esta publicación y, sobre todo, por su amistad.

Sergio Barrera
Valencia 1967

C/ Tenerías, nº- 3, 2ª
46003 Valencia
Telf: 963917462
Movil: 654926202

Mail: sergio.barrera@wanadoo.es

color verde

color verde



CLUB
DIARIO
LEVANTE